

Por nuestra patria

Es dicho un gran pensador del pasado siglo, que Dios ha puesto en el corazón humano tres amores por excelencia: el amor a Dios, el amor a la mujer y el amor a la patria. Son tres amores de los cuales el hombre no puede despojarse sin hacer abdicaciones de lo que le distingue de los demás seres y de lo que le constituye rey de la creación.

No es nuestro objeto tratar aquí del amor que debemos a Dios cuyo supremo dominio ha de reconocer todo agente intelectual por el mero hecho de serlo. Tampoco vamos a tratar del amor que debemos a la mujer, a esa bella mitad del género humano, a ese sér bendito que Dios compasivo destinó para que fuese derramando flores por los ásperos caminos de la vida del hombre y luz por sus horizontes. Ya tendremos ocasión de ocuparnos de estos interesantísimos temas. Ahora vamos a ocuparnos ligerísimamente del amor que debemos a nuestra patria.

¡La patria! tierra sagrada donde cayó la santa lágrima de dolor que costó a nuestra madre nuestra misera existencia y donde deseamos que se pierda el postrer suspiro que se escape de nuestro pecho. La patria que es el conjunto de nuestros sentimientos, de nuestros amores, de nuestros dolores y hasta de nuestros justificados odios. La patria tiene derecho siempre a reclamar nuestras energías y hasta nuestra existencia, y si alguna vez nos exige sacrificios, estos sacrificios están compensados con satisfacciones inmensas, porque entre la tierra de que somos hijos ha puesto Dios armonías infinitas.

Nosotros admiramos a esos gigantes del pensamiento, que, remontándose en raudal vuelo a las elevadísimas regiones del espíritu, quehacan con una asociación universal y extienden los límites de la patria hasta abarcar el mundo entero. Hermosa doctrina que solo tiene realidad en la historia, esa inmortal ciudadanía de todas las naciones, que, como alguien ha dicho, abraza de una mirada la humanidad entera y dilata nuestra existencia por todos los siglos.

Pero si no pertenecemos a esa raza de gigantes, tampoco queremos pertenecer a esa otra de pigmeos que no ve en el hombre más que un individuo casi aislado, perdido en el laberinto de su vida, cuya entrada no conoció y cuyo salida no sabe cómo será. Lejos de nosotros ese infame egoísmo, gangrena de la sociedad, que tantos generosos impulsos ha sofocado! Hagamos patria. Hagamos algo por nuestro pueblo: aporte cada cual su pequeño grano de arena que las más grandes empre-

sas son el resultado de pequeñas energías, pero energías amadas.

Es muy rápido el paso del hombre sobre la tierra, y con esa misma rapidez se suceden sus pensamientos, sus esperanzas y sus deseos y los proyectos más magníficos, cuando le dejan aislado, se desvanecen como sueño de una noche. Por eso pedimos nosotros el concurso de nuestros paisanos, porque sabemos que solos nada podemos. Pero queremos tener nuestra conciencia tranquila. No queremos que al cortarse el hilo de nuestra existencia se levante la sombra de nuestra patria, como fantasma vengador, y nos pregunte: ¿Qué me habéis dejado? Tristes de nosotros si no podemos dejar otra cosa que lo que ahora tenemos, dolores profundos, ciegos impulsos, amargas decepciones, hostilidades encubiertas, traidoras caricias, irritantes compasiones, pasiones desordenadas, miseria por duquies, y lo que es peor que todo, cobarde y glacial indiferencia.

La muerte del toro

Al clavar de los dardos inflamados y agitación frenética del toro, la multitud atónita se embebe, como en el circo la romana plebe, atenta, reprobaba o aplaudía el gesto, el ademán y la mirada con que, sobre la arena ensangrentada, el moribundo gladiador caía.

Suena el clarín, y del sangriento drama se abre el acto final cuando a la arena desciende el matador y al fiero bruto, osado, llama y su furor provoca. El, arrojando espuma por la boca, con la vista devórale y el suelo hiere con duro pie; su ardiente cola azota los ijares y, bramando, se precipita... El matador, sereno, ágil, se esquivo y el agudo estoque le esconde hasta la cruz dentro del seno. Párase el toro, y su bramido expresa dolor, profunda rabia y agonia.

Sin honor, el cadáver insultado es en bárbaro triunfo: yertos, flojos, yacen los fuertes pies; turbios los ojos en que ha un instante centellear se vela el ardimiento y fuego y energía y por el polvo vil huye arrastrado el cuello que tal vez bajo el arado fuerza de alguna rústica familia útil sostenedor... Es tanto el pueblo, con tumulto alegrísimo, celebra del gladiador caído la hazaña. ¡Espectáculo atroz, mengua de España!

J. M. HERRERA.

GIBRALTAR

Así como la reina de Inglaterra María Todor no pudo gozar alguna vez desde que el duque de Guisa se apoderó por sorpresa de la plaza de Calais y a todas horas exclamaba: «¡E! me abren el corazón allí está escrito Calais», así no debería vivir tranquilo ningún español mientras en el Peñón de Gibraltar, hurtado con nuestras artes por fingidos aliados, no cae el pabellón glorioso de la pa-

tria. Veguena y afición continua habíamos de sentir contemplando cómo hacen ajarde de hollar nuestro recinto los hijos de Jhon Bull.

Y sin embargo, ¡no ya el suelo patrio usurpado, sino el mismo que al parecer es nuestro y cede al Peñón, se halla subyugado por la tiranía británica, no consintiéndonos artillar nuestra casa ni prepararnos dentro del predio que nos pertenece!

¿Somos parias? ¿Hemos llegado ya al grado de esclavitud o idiotismo? Tal parece al ver que nadie se atreve a hablar de Gibraltar. ¿Ahora o nunca! Por amistad, por conveniencia o por miedo, esta es la ocasión de hacernos fuertes y pedir nos devuelvan el pedazo de corazón que nos falta y cuya ausencia nos debía matar. Si cuando Inglaterra pide y ofrece a todos los neutrales islas y continentes, ni siquiera sabemos acordarnos del Peñón, posponiéndolo todo al honor nacional, considerámonos ya como pueblo indigno.

¿Somos los descendientes del Cid, de Jaime I, del Gran Capitán, de Hernán Cortés? ¿Dónde tenemos la sangre? Vamos que los franceses hacen cuestión de gabinete la recuperación de la Albania y Lorena, que después de todo, casi siempre fué alemana, observamos que Italia tiene como suyos el Trentino y la Dalmacia, donde tampoco ondeó nunca su pabellón; que hasta los países balcánicos siempre hablan de la recuperación de Albania, Macedonia, etc.; y nosotros, ¿es que no tenemos dignidad?

Por eso nos tratan todos a puntapiés; la Gran Bretaña no contenta con impedir que, en uso de nuestro perfecto derecho, salgamos la paranja a Alemania y Holanda, nos cierra su mercado, condenándonos a muerte segura, y aquí, en vez de cerrarle la salida al cobre parará que bienta el yerro, le enviamos todo lo que pide, y ni siquiera nos atrevemos a pedir compensaciones. Si, pues, ni para vivir tenemos alientos, ¿qué mucho que no nos acordemos de nuestro abuelo ni de nuestro honor?

¡Tan fácil que sería recuperar Gibraltar! Tardé más, en verdad, cuando comenzó la guerra europea; pero si con tiempo, en vez del pacto de Cartagena, hubiésemos entablado alianzas con Alemania, como el anterior rey don Alfonso XII pretendía, seguramente Gibraltar hoy sería nuestro. Tórgese también, y el actual conflicto europeo, o no se hubiera planteado, o tiempo ha quedaría resuelto. Porque solamente con que España hubiese dejado a los imperios centrales que tomasen por bases navales nuestros puertos y nuestras rías, asusta pensar el destrozo que en la marina inglesa se hubiera realizado en corto plazo. Está visto que, bien artillados los puertos y con de-

fensas de minas, no hay escuadra que se acerque a una costa; ahí está la de Bélgica, que no puede desmentarnos. Pues si el admirantazgo alemán hubiese tenido cincuenta submarinos dispuestos a maniobrar con la retirada segura, ¡adiós dominio inglés del Mediterráneo! Y concluido éste, la guerra, ¿dónde pudiera haber seguido? ¡Lástima grande! España, atada de pies y manos por sus gobiernos liberales, ha quedado sin defensa entregada a la pífida Cartago!

Pero aun hoy cabe dar un grito de protesta. Si todos los españoles no cesásemos en nuestro anhelo de conquistar Gibraltar; si no admitiésemos trato ni discusión alguna que no partiese de esta premisa; en fin, si los gobernantes ingleses que, con Salisbury, nos creen nación muerta, viesen que hemos resucitado ante el viril programa de Gibraltar a España, ¡ah!, entonces empezarían por admirarse los lores de Bretaña y concluirían por darse cuenta de que había terminado ya la época de su dominación, pues ante el cúmulo de sublevaciones que en la India y Egipto se suceden, y viendo el pleito perdido, no aventuraría el impulso todo de una nación en la balanza como peso contrario.

Hay pues que hacer campaña reivindicadora. ¡Fuera malos españoles! Todos los descendientes de Pelayo debemos gritar:

¡Gibraltar a España!

RIVER.

De aquí y de allá

En un libro sumamente interesante y bien documentado—*La Verdad*—que acaba de publicarse en Ginebra, un francés, el señor Joseph Bertourieux, tiene el valor de decir a sus compatriotas algunas verdades; presentándonos al mismo tiempo amplia materia de reflexión. Examina el señor Bertourieux magistralmente la causa de esta guerra nefasta y demuestra la obra maestra de la diplomacia inglesa para provocar la conflagración que solamente podrá que servir a sus propios intereses, sin ninguna consideración para las padecimientos de las demás naciones.

Imparcial y justo, demuestra que Alemania podía destruir a Rusia al tiempo de la guerra ruso-japonesa, pues, dice:

«Más leal, pero tan peligrosa que aquella de Inglaterra, la amistad rusa constituyó para los alemanes una amenaza que hubiera sido racional suprimir, atacando a Rusia, mientras que todo dejó esperar una campaña rápida y victoriosa, entonces cuando los ejércitos del czar estaban ocupados en Manchuria y sufrieron una derrota